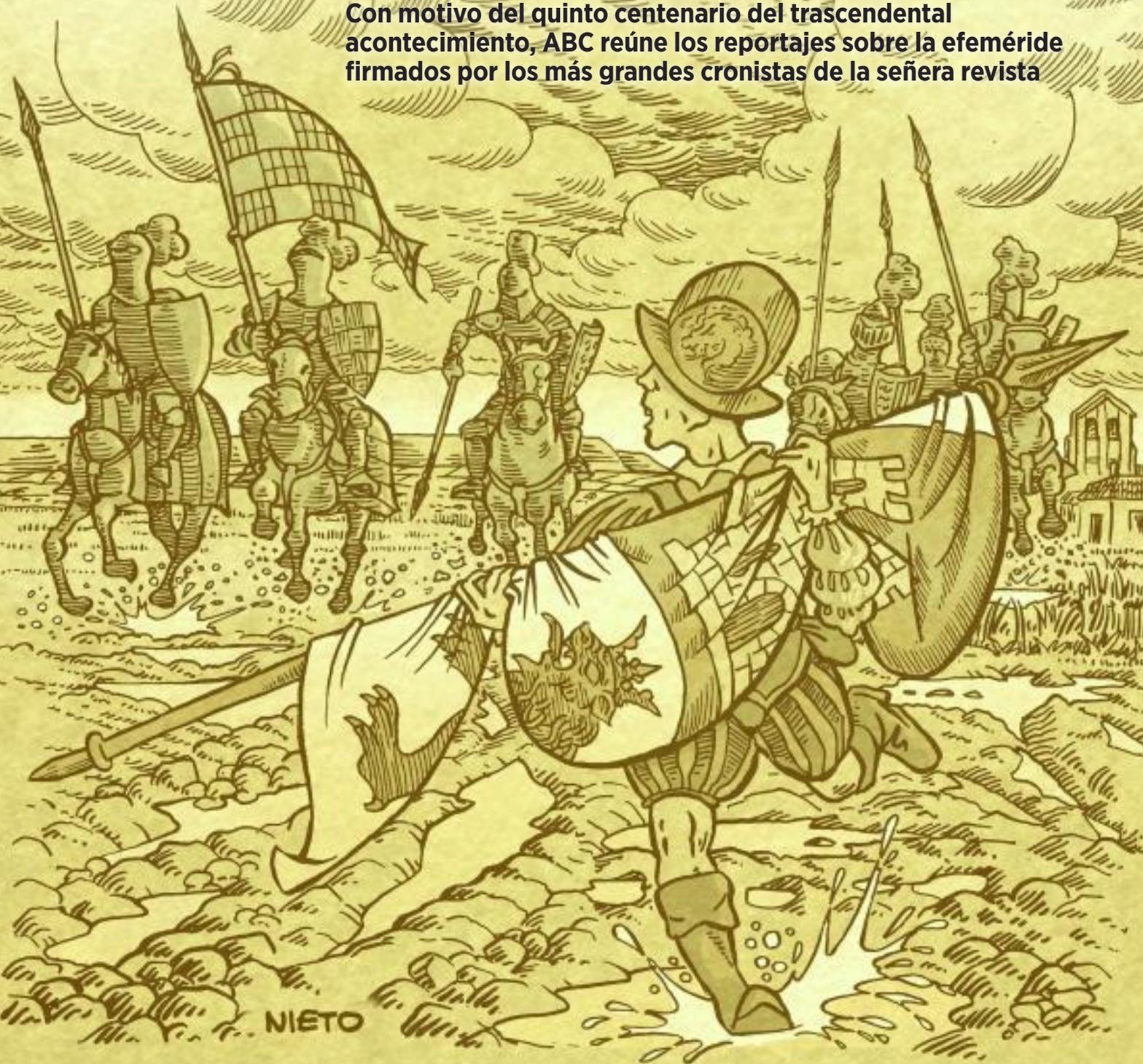


ABC

HISTORIAS Y PERSONAJES EN «BLANCO Y NEGRO» DE LA REVUELTA COMUNERA

Con motivo del quinto centenario del trascendental acontecimiento, ABC reúne los reportajes sobre la efeméride firmados por los más grandes cronistas de la señora revista



IMPAGABLE DEUDA DE GRATITUD

España les ha brindado el más importante de los homenajes: cimentar nuestro Estado sobre la esencia de sus ideales

El diario ABC y la revista Blanco y Negro son inseparables como lo son Castilla y León y la figura de los comuneros. La revista ilustrada fundada por Torcuato Luca de Tena a finales del siglo XIX esconde en sus miles de páginas capítulos fundamentales de la cultura de nuestro país. Buena muestra de ello es este suplemento, que reúne seis artículos rescatados de su hemeroteca y que, escritos en los años 1920, 1921, 1925, 1932 y 1934, nos acercan a la mirada con la que en el siglo pasado se recordó el IV centenario del Movimiento Comunero, así como a algunos de los episodios que protagonizó y a sus figuras más relevantes.

Haciendo gala de una elegancia y una destreza descriptiva extremas, así como de una llamada a la memoria y la justicia, las plumas de Marcos Rafael Blanco Belmonte, Augusto Martínez Olmedilla, Francisco Mendizábal y Luis Benavente glosaron las personalidades de sus líderes, recorrieron las plazas, calles y caminos que estos realizaron desde Torrelodón hasta su ajusticiamiento en Villa-

lar o ensalzaron la aceptación final de sus postulados por parte de Carlos I.

El suplemento que tiene en sus manos, estimado lector, nos muestra cómo aún estamos en deuda con los comuneros, con su visión de una sociedad que buscaba abandonar la penumbra del medievo para vivir bajo la luz de la modernidad, con su convencimiento de que el reino y todos los que formaban parte de él estaban llamados a tener voz sobre su devenir. Y así se plasma en sendos artículos cuando se emulan las palabras de Juan Bravo antes de ser ajusticiado: «...traidores no, mas celosos del bien público y defensores de la libertad del reino».

A Padilla, Bravo y Maldonado, a María Pacheco y todas las mujeres que desempeñaron un papel fundamental en aquel movimiento, a todos sus seguidores, les debemos gratitud por la valentía de haber luchado por el bien público y por la libertad. Y aunque los reconocimientos hacia sus figuras no hayan sido una constante en nuestra historia,



LUIS FUENTES
Presidente de las Cortes de Castilla y León y de la Fundación de Castilla y León

amiga más bien de ensalzarlos en determinados momentos y de ocultarlos cuando se consideraban reclamo de causas no afectas, España les ha brindado el más importante de los homenajes: cimentar nuestro Estado sobre la esencia de sus ideales.

«Si España no ha perdido el instinto de conservación, si sabe y quiere recordar las lecciones de ayer para aviso saludable en lo venidero, pagará noblemente la deuda de gratitud contraída con los que, no acertando a salvarla, le legaron el ejemplo de su muerte sublime», escribe Blanco Belmonte. Y eso es, precisamente, lo que desde la Fundación de Castilla y León perseguimos con el proyecto 'El tiempo de la libertad. Comuneros V Centenario': reconocer, valorar y actualizar la trascendencia de un legado incólume desde hace cinco siglos.

Una magna exposición, un congreso internacional, una ópera, un documental y decenas de actividades impulsadas por nuestros pueblos recordarán las Comunidades y sus ideales, y enriquecerán nuestro patrimonio común. Grandes eventos para conmemorar uno de los episodios más importantes de nuestra historia con cuyos líderes, pese a todo, Castilla y León y España estarán siempre en deuda.

ABC EL EPISODIO Y LA REVISTA PIONERA



ABC reproduce en este especial los reportajes más destacados publicados sobre el acontecimiento histórico entre 1920 y 1934, durante la primera etapa de la pionera revista.

No es una selección al azar. Su autoría corresponde a algunos de los mejores periodistas, escritores y dibujantes de la época, como hoy lo es José María Nieto, que se encarga de ilustrar la portada de esta publicación.

QUINIENTOS AÑOS DESPUÉS

El recuerdo de las Comunidades se aspira en una celebración festiva de todos para todos, para que esta efeméride quede asentada en el corazón de todos los castellanos y leoneses

El 23 de abril de 1521 tuvo lugar en los campos de Villalar la batalla del mismo nombre. En ella los ejércitos de las Comunidades fueron vencidos por un contingente formado por soldados del rey y mesnadas de nobles. Era el final del movimiento social y político de los comuneros. Y marcó el inicio de la creación de un mito, que unas veces trató de acallarse y otras de ensalzarlo hasta las alturas de la heroicidad. Ni lo uno ni lo otro responde a la verdad. Ésta se sitúa en justo medio.

Quinientos años después conmemoramos esta fecha porque se cerró un ciclo vital en el que estuvo en juego el futuro político, económico, social y cultural de España. Si el resultado de la contienda hubiera sido otro, el devenir de las Españas habría sido muy diferente. Sin embargo, la realidad es tozuda y la historia no se puede cambiar. Lo que sí podemos y debemos realizar es una valoración de los acontecimientos desde la perspectiva actual, porque cada



SALVADOR RUS RUFINO
Catedrático de la Universidad de León y comisario del V Centenario

generación de españoles ha ofrecido a la siguiente una consideración y un balance de los acontecimientos acaecidos en el Reino de Castilla en los años 1520 y 1521.

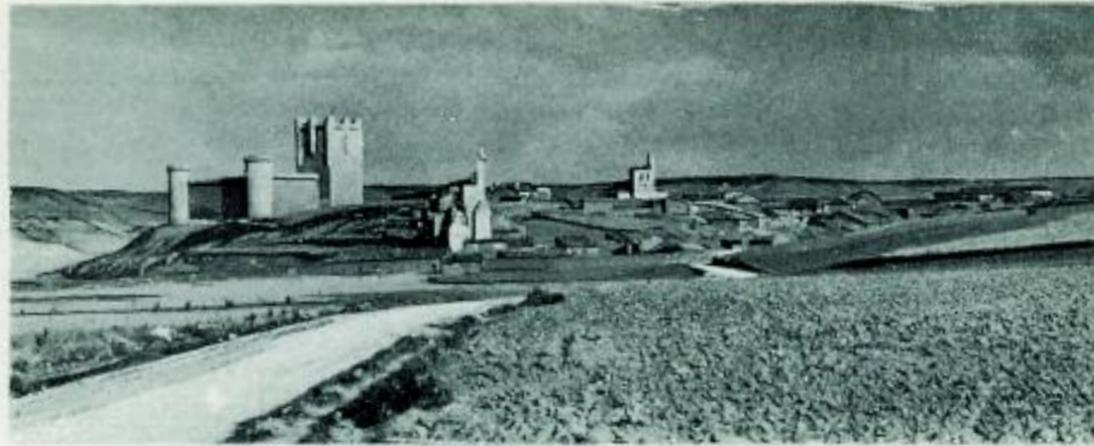
Desde el Comisariado de 'El tiempo de la libertad. Comuneros V Centenario' se ha buscado la participación en esta conmemoración de todas las instituciones públicas y privadas de la Comunidad de Castilla y León, todas han colaborado generosamente en hacer realidad este Centenario. De esta manera el recuerdo de las Comunidades se aspira en una celebración festiva de todos y para todos, para que esta efeméride quede asentada en la memoria y en el corazón de todos los castellanos y leoneses.



HACE CUATRO SIGLOS... TORRELOBATÓN-VILLALAR

En 1920, una de las plumas más destacadas con las que entonces contaba la revista ilustrada, el periodista y escritor cordobés Marcos Rafael Blanco Belmonte, hacía un viaje junto al fotógrafo Alfonso Ciarán por varios de los enclaves próximos al

lugar de la contienda. Sus impresiones son recogidas en este reportaje junto a una breve crónica de la batalla y el recuerdo que del hito histórico ha quedado en un municipio ya por siempre ligado a esta causa «grande y justa, que debió triunfar para bien de España y que no venció, aun contando con la razón y con la fuerza».



VISTA GENERAL DEL PUEBLO Y CASTILLO DE TORRELOBATÓN

HACE CUATRO SIGLOS... TORRELOBATÓN-VILLALAR

POR M. R. BLANCO-BELMONTE

HAY pueblos que mueven a admiración con sus maravillas arquitectónicas o con los restos de sus grandezas pretéritas, y hay pueblos que deslumbran con sus fastuosos alardes de espíritu ultramoderno. Para visitar fructuosamente a los primeros basta con poseer alguna sensibilidad artística y cierta cultura; para apreciar el valor de los del segundo grupo es muy su-

ficiente vivir en la plenitud del momento actual, febril, afanoso, atento a la realidad, despreciador de exaltaciones románticas.

Pero hay otros pueblos menos fáciles de comprender, acaso más aptos para inspirar afecto; pueblos sin magnificencias decorativas, sin lujo ni esplendores, sin aparato de tradiciones y de leyendas, sin enlace constante con todos los fastos



PLAZA DEL PUEBLO DE TORRELOBATÓN

de la Historia: pueblos campesinos, humildes, que al rugir de un relámpago surgieron, en hora trágica, para pelear como héroes y para sacrificarse como mártires. Y esos pueblos, estrofas desprendidas de la gesta hispánica, interesan, más que por lo que dicen, por lo que sugieren, por lo que evocan tácita y amorosamente.

Así son, para su gloria, Torrelobatón y Villalar.

Torrelobatón era un hijodalgo; asentó en un cerrete su castillo señorial, amuralló el caserío, previniéndose a la defensa, y clavó en lo más alto su escudo: una fortaleza sobre un peñasco, con dos lobos atados a la cerradura de la puerta.

El castillo-palacio, noble hogar de los Enríquez, poderosos almirantes de Castilla, se alza hoy gallardo y prósper, conservado con patriótico esmero por la castellana familia de Semprún. Enteramente de piedra, sin corona de almenas, defendido por el foso, sustentado en tres ángulos por robustos cubos y empenachado por la soberbia torre del homenaje, rodeada de ocho garitas blasonadas con las armas de Castilla, León, Cataluña y Navarra, el castillo es un orgullo de grandeza incólume, triunfadora del tiempo. Ni falta en él un solo modillón ni la mano del hombre fué osada a arrancar un sillar de la fábrica.

Enseñórase sobre los campos de pan llevar que el Hornija riega, domina la extensa plaza, de severas líneas; asiste al desplome de la antigua parroquia de San Pedro y se presta a servir de eco a la voz de la gótica iglesia de Santa María, que, a son de campana tañida, pregonó en un lejano ayer el enlace de la gran señora doña Juana de Enríquez con D. Juan de Aragón, Rey de Navarra, y clamó como intérprete de la voz real pidiendo auxilio en Febrero de 1521, cuando once mil hombres que formaban el grueso de la hueste de las Comunidades rodearon y conquistaron a Torrelobatón en ocho días, concediendo a los ven-



ENTRADA A LA IGLESIA PARROQUIAL DE TORRELOBATÓN

cidos la vida y la mitad de sus haciendas.

Y las campanas sonaron con clamores de agonía en el inolvidable 23 de Abril de aquel mismo año, al llegar la infausta nueva de la derrota sufrida por el ejército que, al mando de Padilla y de Bravo, dejó aquella mañana el cuartel general de Torrelobatón para emprender la marcha camino de Toro y encontrar la muerte y la gloria en la llanura inmediata.

En el regazo de esa llanura se confunden, con efusión de sentimiento patriótico, Torrelobatón y Villalar. A la parte Norte de este pueblo, cerca del puente del Fierro, dos mil quinientos jinetes imperiales, destacados por el Condestable, por el Almirante y por el Conde de Haro, cayeron sobre los comuneros, que, desbandados y sueltos, marchaban ganosos de poner-

se en Villalar al resguardo de los aguaceros que los azotaban.

Seis mil infantes del Emperador apoyaron el ataque de la Caballería, y la hueste de las Comunidades, formada por gente breguera que siempre luchó bravamente, flaqueó desde el primer encuentro, sin que acertasen a devolverle su peleador impetu las hazañas de Padilla y de Bravo, hazañas de epopeya; D. Juan de Padilla, asistido por cinco escuderos, carga dos veces contra un escuadrón y rompe su lanza derribando al señor de Valduerna, D. Pedro de Bazán.

La batalla en que el rojo y verde estandarte Real se alzó sobre las banderas de las Comunidades y hundió las libertades castellanas es una página que pertenece por igual a Torrelobatón y a Villalar.

Torrelobatón recuerda un latido de vida, la marcha de la hueste hacia el campo de batalla. Villalar rememora el angustioso trance de la ejecución de los caudillos.

Pero Villalar—que ha tenido el acierto felicísimo de unir su nombre al momento culminante de su pretérito, llamándose hoy Villalar de





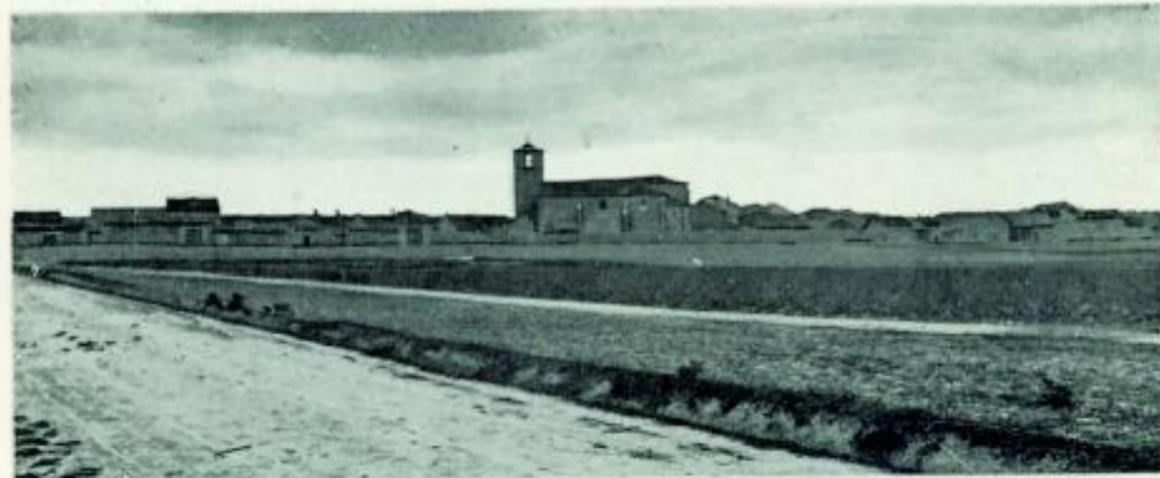
PLAZA DEL PUERTO DE VILLALAR, DONDE FUERON DECAPITADOS LOS CAUDILLOS DE LAS COMUNIDADES

los Comuneros—sabe que su gloria es gloria de panteón, gloria de epitafio de una causa grande y justa, que debió triunfar para bien de España y que no venció, aun contando con la razón y con la fuerza, por la defección de los nobles, por la escasa unión del estado llano y, ante todo y sobre todo, por falta de buenos elementos directores.

El que en peregrinación patriótica llegue a la plaza de Villalar y tenga la suerte que tuvimos mi compañero Alfonso Ciarán y yo de que el cielo se nuble y el viento acarree lluvia, experimentará honda emoción al evocar, en el propio lugar, con parecido escenario y hasta con idénti-

cos elementos accesorios, lo pasado en lo presente. No hay español que no sienta dolor retrospectivo ante el humilde monumento que señala el lugar en que se alzó el rollo a cuyo pie, enfrente de la iglesia, murieron cristianamente, degollados por el verdugo, los caballeros Juan Bravo, Juan de Padilla y Francisco Maldonado—este último substituyendo, merced a superchería amparada por los jueces, a su primo el capitán Pedro Maldonado Pimentel.

El antiguo rollo, donde en férreas escarpas estuvieron colgadas y expuestas las cabezas de los generosos adalides, fué derribado en 1820 por orden del entonces gobernador de Zamora



VISTA GENERAL DEL PUEBLO DE VILLALAR DE LOS COMUNEROS



CAMPO EN QUE SE RIZO LA BATALLA DE VILLALAR, EN 1521.

Juan Martín, *el Empeinado*, y en 1889 se elevó, a expensas del Municipio villalarensé, el modesto obelisco actual, que es como una acusación y como un ruego dirigidos a los españoles amantes de la Patria.

Del antiguo rollo se conserva una piedra de las que sirvieron para remate, una piedra en la cual estuvo sujeta la cruz, una piedra que acaso recibió salpicaduras de la sangre de los mártires de las libertades de Castilla.

Y esa piedra, guardada por un funcionario del Ayuntamiento de Villalar, espera el día no lejano de ser engastada en el monumento que España debe a las Comunidades, y que corresponde de derecho a Villalar.

El hidalgo Torrelobatón tiene monumento insuperable: su castillo. Si se quiere, grábese en él la fecha de 1521, y basta.

Villalar, campesino y representante de aquel

estado llano que dió vida al movimiento de la Santa Junta, fué albergue de los caudillos en las postreras horas de su malograda existencia, y en el campo y en la plaza del pueblo se escribieron, para incorporarse a la Historia, los capitulos finales de la luctuosa jornada.

Si España no ha perdido el instinto de conservación, si sabe y quiere recordar las lecciones de ayer para aviso saludable en lo venidero, pagará noblemente la deuda de gratitud contraída con los que, no acertando a salvarla, le legaron el ejemplo de su muerte sublime.

Al acercarse el cuarto centenario del desastroso fin de las Comunidades se acerca la hora de Castilla, y, en esa hora, el consuelo del alma castellana ha de ser Villalar.

Mr. Blanco Belmonte

FOTOGRAFÍAS DE A. CIARÁN





EFEMÉRIDES HISTÓRICAS. MUERTE DE LOS COMUNEROS DE CASTILLA
 Enmarcado en la celebración de los cuatro siglos transcurridos desde la revuelta, Marcos Rafael Blanco Belmonte volvía a escribir sobre Villalar en un reportaje en el que se centraba en las horas previas a la muerte de los comuneros Padilla,

Bravo y Maldonado, en sus últimas palabras antes de morir y en el ajusticiamiento. Reclamaba, además, el escritor y periodista cordobés, el lugar que merecen en la Historia unos «héroes, mártires y grandes patriotas» y un acontecimiento y un enclave que a su juicio, simbolizaron «la defensa de las libertades».

EFEMERIDES HISTORICAS MUERTE DE LOS COMUNEROS DE CASTILLA (24 DE ABRIL DE 1521)

Era tristeza grande, tristeza de tumba abierta, la que ponía temerosa angustia y opresión de sollozos en el honrado pueblo de Villalar. Sordo murmullo, zumbido de colmena humana, ascendía de la ancha llanura. Por los caminos reales de Tordesillas y de Torrelobatón afluían apretados grupos de infantes y de jinetes, con blancas cruces al pecho; deteníanse en las entradas del caserío, y apagábanse los murmullos cuando la campana de la parroquia tañía plañi-

jestad y los gobernadores, en su nombre, a estos caballeros: mándanlos degollar por traidores.”
 Y los caballeros, auxiliados por religiosos, desembocaron en la plaza, dando frente al templo parroquial, y descabalgaron al pie del rollo, en el arranque de la escalerilla de un tablado vestido con paños de luto. En el tablado agonizaban dos candelas ante un Crucifijo, y descansaba un hacha junto al recio tajo.
 Serenamente, como cumple a esforzados varo-



“LOS COMUNEROS DE CASTILLA”, CUADRO DE ANTONIO GISBERT EXISTENTE EN EL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS (FOTO LAUS)

dera como deprecación y lamento, nuncio de justicia que, por precipitada y rigurosa, tenía visos de venganza en los ejecutores y brillo de aureola para los reos.

Hubo un silencio hondo, en el cual se escucharon breves jadeos de respiraciones anhelosas y resoplidos de caballos que abrevaban en la corriente del Hornija. Y sobre esos ruidos resonaron, chocando en los guijarros, los cascos de tres mulas encaperuzadas y engualdrapadas con negras bayetas. Acallóse todo ante el imperativo redoble de un tambor, y agriamente hendió los aires la canturía del pregonero:

“Esta es la justicia que mandan hacer Su Ma-

nes en los trances de adversidad, subieron al caballo los señores capitanes Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado.

Era llegado el instante de cumplirse la sentencia firmada por el alcalde, doctor Cornejo, y por los licenciados Garci-Fernández y Salmerón, y transcrita por el escribano Luis Madera. Los tres capitanes estaban condenados a “pena de muerte natural e a confiscación de sus bienes e oficios para la Cámara de Sus Majestades”, por el delito de “culpantes en haber seido traidores de la Corona Real, de estos Reinos”.

Por vez postrera mandó silencio el ronco tambor y por vez postrera clamoreó el pregonero. Y

al rematar la voz con las palabras: “mándanlos degollar por traidores...” retumbó un rugido, que acreció la curiosidad en los soldados imperiales y conturbó el ánimo de los labriegos congregados en la plaza.

Detrás del rugido tronó foscamente el verbo de Juan Bravo, rectificando al vocero de la justicia:

—Mientes tú, y aun quien te lo mandó decir; traidores, no; mas celosos del bien público y defensores de la libertad del reino.

Al rudo apóstrofe del capitán de la gente segoviana acudió con digna exhortación Juan de Padilla:

—Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros; hoy lo es de morir como cristianos.

Abrióse un corto paréntesis de silencio; tornó a vibrar el fiero acento de Juan Bravo, esta vez dirigido al verdugo:

—Degüéllame a mí primero, porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla.

Relampagueó el hacha, retemblo el tablado ante la conmoción que el tajo recibiera y el eco del hachazo trazó surcos de pavor en la muchedumbre.

Irguióse el noble D. Juan de Padilla, contempló el truncado cuerpo del capitán Bravo, condolióse y murmuró:

—¡ Ahí estais vos, buen caballero!

Aluego alzó la frente y rezó:

“Domine, non secundum peccata nostra facias nobis.”

Menos brillante subió y abajóse el hacha, y otro golpetazo estremeció el tajo.

Rojeando se alzó y abatióse, finalmente, el acero, y decapitado feneció el hidalgo capitán salmantino Francisco Maldonado.

“Y las tres cabezas fueron clavadas en escarpas y puestas a la expectación pública en lo alto del rollo.”

Disolvióse el gentío; tremaban los labios sin atreverse al comentario: era tremor nacido de apocamiento en la derrota, de lástima ante la horrenda expiación, de ira y de enojo en presencia del desplome de esperanzas legítimas, de rencor contra la saña de los que inspiraron la sentencia de los jueces.

Padilla, Bravo y Maldonado habían delinquido, en opinión de los que mandaron segarles las gargantas.

Con ellos y como ellos había delinquido Castilla, y con Castilla y como Castilla delinquirá gran parte de España.

Era delito rebelarse gritando “¡ Viva el Rey y mueran los malos ministros!”

Era delito llevar a la práctica los acuerdos adoptados por la Santa Junta: que no gobernaran extranjeros; que cesara la extracción del dinero

a Flandes; que se guardaran las leyes, costumbres, fueros y libertades de Castilla; que el Rey otorgara y cumpliera los capitulos presentados en las Cortes por las ciudades; que volviera las cesas al estado en que las dejó la Reina Católica, y que el Monarca residiera en el Reino.

Ciertamente que, en el desbordamiento popular, cuando las peticiones quedaron desatendidas, al alzarse en armas los injustamente menospreciados y razonablemente ofendidos, cometieron desmanes y provocaron lances sangrientos. Pero en este punto sus excesos ceden eclipsados siniestramente por los que perpetraron las tropas imperiales. Los comuneros velaban por la hacienda propia y cuidaban de no dañarla; los soldados del Rey Emperador entraban a saco en los pueblos castellanos y no tenían reparo en destruir lo ajeno.

En un principio formaron en las Comunidades y lucieron al pecho la cruz roja nobles, priores de las Órdenes, abades, doctores, letrados, artesanos y plebeyos. Prestamente los elementos populares se enajenaron la voluntad de los magnates, y buenos peleadores, pero malos políticos, supieron luchar y vencer, pero sin fruto, sin acertar a poner por obra los remedios consignados en su memorial de quejas y agravios.

El cronista Sandoval afirmó: “De haber vencido, Padilla figurara entre los hombres de más renombre.”

No venció Padilla, si bien logró fama eterna al sacrificarse en defensa de las libertades. En su espíritu palpitaba la tradición castellana. Hermanos suyos en aliento heroico, en alegrías de triunfos, en la amargura de la rota de Villalar y en la hora del morir fueron Juan Bravo, símbolo del alma de Segovia, y Francisco Maldonado, el épico salmantino, que extrema la abnegación prestándose a substituir en el patíbulo a su primo Pedro Maldonado Pimentel, que luego, al cabo de los meses, fué también decapitado y desapareció sin gloria.

Han corrido cuatrocientos años. No ha logrado hasta hoy satisfacción el ansia de Villalar por ver honrada y perpetuada monumentalmente la memoria de los héroes, de los mártires, de los grandes patriotas.

Todavía hay gente medrosica y para poco que hace repulgos y aspavientos al escuchar el nombre de los comuneros, olvidando que éstos vitorearon siempre al Rey y sólo denostaron y resistieron a los malos ministros.

Villalar continúa aguardando; aguarda, no una reparación de errores pasados: esa reparación la efectuó España y la llevó a su Historia.

Villalar reclama un epitafio nacional para la tumba de una grandeza insuperable.

Mr. Blanco Belmonte





ITINERARIOS HISTÓRICOS CASTELLANOS. LA POSTRERA JORNADA DE LOS COMUNEROS. DE TORRELOBATÓN A VILLALAR

El más joven y quien durante más tiempo ejerció como cronista de Valladolid, Francisco Mendizábal, tuvo la ingente tarea de catalogar y ordenar el Archivo de la Real Chancillería. En este empeño halló una carta inédita de Carlos V, escrita

años después del levantamiento comunero y dirigida precisamente «al presidente y oidores de la Chancillería», cuyo contenido revela en este reportaje publicado en 1925. Le sirve también la misiva de pretexto para emprender un viaje por los

Itinerarios históricos castellanos.

LA POSTRERA JORNADA DE LOS COMUNEROS. DE TORRELOBATÓN A VILLALAR

POR FRANCISCO MENDIZÁBAL

Si fuera posible enseñar al español la historia de su Patria, conduciéndole por los caminos y lugares donde sucedieron los hazñosos hechos de su pasado vivir; si, además, como por arte de encantamiento, fuera posible, libre de parciales relatos, mostrarle esos hechos por los mismos documentos que los atestiguaron, en verdad que no habría español que no sintiera la emoción de evocar y el deseo de conocer, para honrarse con ello, el glorioso pretérito de su Patria.

Siéntolo yo así, y así lo pienso al hojear en el venerable archivo de Simancas viejos papeles que dicen al investigador con soberana exactitud lo que fué aquel movimiento singular que conmovió a Castilla, levantada al grito de la Comunidad.

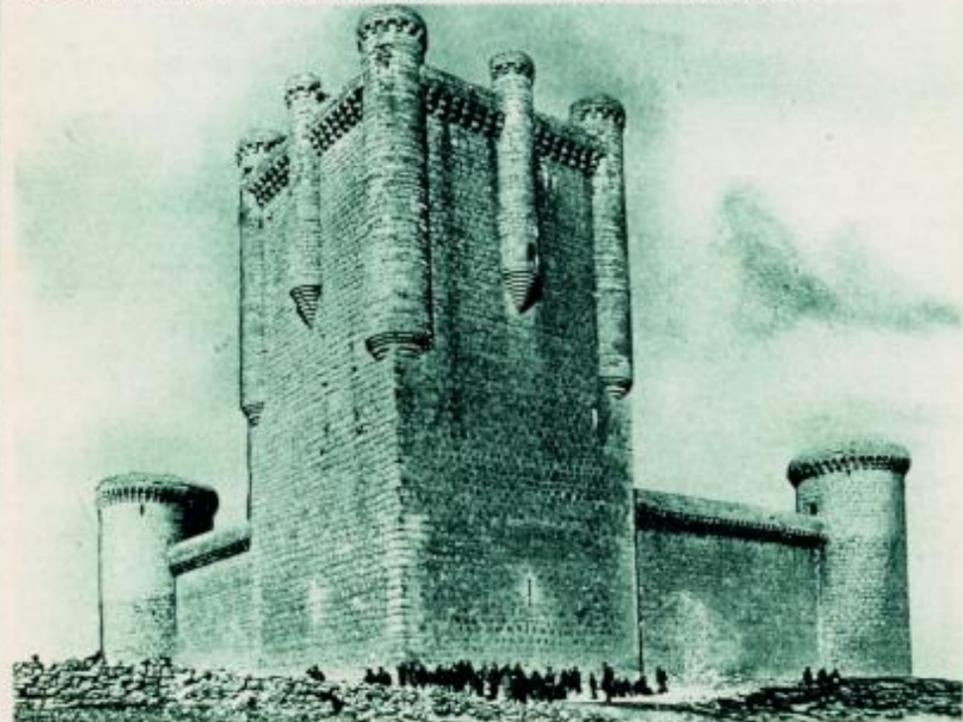
Siéntolo así al recorrer hoy, en guía espiritual, la última jornada de los comuneros, que terminó con su muerte en Villalar.

Pero no voy a relatar el hecho. Harto conocido es. Después de la obra cumbre de

Danvila, plena de documentación, ¿hay algo por descubrir?

Sin embargo, al amparo del oficio, en el rico arsenal del archivo de la Chancillería castellana, hemos hallado una carta inédita de Carlos V, escrita años después del suplicio de Villalar, en la que resplandece el sentir del Emperador después del histórico alzamiento, interesante carta en la que el César, vencedor de la Comunidad, como si fuera vencido, se atiene por propia voluntad y natural impulso al espíritu de la demanda comunera, de ser lo primero para el Rey, España, librándola de toda extranjera intromisión.

En un día gris y tristón, no raro en el clima castellano, movedizo el terreno por la lluvia, fangosos los caminos, encapotado el cielo y soportando frecuentemente los rigores del agua —como en el día triste de los comuneros—, «hemos acertado» a seguir la ruta, aquella postrera ruta que llevó a los caudillos a la muerte...



HISTÓRICO CASTILLO DE TORRELOBATÓN, DEFENDIDO POR GARCÍA OSORIO Y TOMADO POR LOS COMUNEROS, DESPUÉS DE OCHO DÍAS DE ASIEDO



enclaves ligados a los últimos días del alzamiento junto a su amigo Primitivo Carvajal, fotógrafo referente del Valladolid de la primera mitad del siglo XX y habitual colaborador de la revista Blanco y Negro. Peñafior, Torrelobatón, Marzales o Villalar son algunos de los lugares que describe el historiador en este texto,

que añade a la poste el turbulento pasaje de la exhumación de los cuerpos de los comuneros. A raíz del hallazgo de la misiva del monarca, deja también abierta la cuestión sobre la necesidad de los episodios que culminaron en Villalar y conmovieron a una Castilla «levantada al grito de la Comunidad».



VILLALAR. VISTA GENERAL. A LA IZQUIERDA (X). LA PLAZA DE LA HISTÓRICA VILLA, DONDE TUVO LUGAR LA EJECUCIÓN DE LOS COMUNEROS.

De Torrelobatón, precedido de los bravos capitanes castellanos y del fuerte de su Ejército, ha salido Padilla el 23 de Abril, a hora de amanecer, y pausadamente ha descendido a la paramera de Villaseñor y San Salvador.

Por aquí, por donde ahora caminamos nosotros, han pasado sus quinientas lanzas y sus siete mil infantes.

Camino adelante, sin la menor idea del riesgo con que marchan, ignorantes de los espías que acecharon su salida del alto de Torrelobatón, hanse desbordado por las llanuras de Vega de Valdetronco, hoy como entonces, desoladas llanuras sin la nota alegre de un árbol.

Al recorrerlas hemos pensado «sobre el terreno» lo que leímos en los libros y nos dijeron cronistas e historiadores: ¿cómo se explica, sin obstáculos de montes ni vadear de ríos caudalosos, la parsimoniosa marcha del arrojado capitán?

Mientras ha llegado con sus hombres a Puente del Fierro, los imperiales, destacados en Peñafior, a 11 kilómetros de Torrelobatón, han tenido tiempo de recibir el aviso de los vigilantes que casi a las puertas del histórico castillo han visto salir a los comuneros. Y aprisa han podido recorrer la distancia de Peñafior a Torrelobatón y alcanzar antes de Villalar al Ejército enemigo, sorprendiéndole en un mo-

vimiento decisivo y arrollador. Este es, pasado el pueblecillo de Marzales, el Puente del Fierro, donde se encontraron ambos Ejércitos.

Los que aquí pelearon como caballeros, en Villalar murieron como cristianos...

Por la empinada cuesta que arranca del camino viejo hemos subido al histórico lugar. Y en la placita de la humilde villa, junto al modesto monumento conmemorativo, hemos evocado con nuestra oración fervorosa y muy emotivamente las nobles figuras de quienes por su ideal, creyéndolo justo, supieron noblemente morir.

La posteridad, tergiversando las ideas y los hechos referentes al histórico movimiento, creyó exhumar los restos de los comuneros en 1821, cuando, en realidad, no reposaban en Villalar desde hacía tres siglos...

Hoy bien probado está que aquella exhumación, verificada a consecuencia del expediente del célebre Empecinado, exaltado gobernador de Zamora, fué convencional y ensayada, escogidos previamente del osario de la parroquia de San Juan unos cuantos huesos que pasaron por ser de los capitanes degollados en Villalar.

En el mismo año de 1521 —existen las cédulas originales que lo mandaron y las que certifican el cumplimiento del mandato— los cuerpos de Bravo, Maldonado y Padilla,



PUENTE DEL FIERRO, A UN KILOMETRO DE VILLALAR, DONDE EL EJÉRCITO IMPERIAL ALCANZÓ AL COMUNERO



VILLALAR. LA PLAZA. AL FONDO, LA IGLESIA DE SAN JUAN, DONDE FUERON SEPULTADOS LOS CUERPOS DE PADILLA, BRAVO Y MALDONADO

enterrados en la iglesia de San Juan, no en la plaza de la villa, junto al rollo, como se dice, fueron trasladados por este orden a Segovia, a Salamanca y a la Mejorada, en Olmedo, punto este último de tránsito y descanso para la funeral comitiva que se dirigía a Toledo, ciudad del aguerrido capitán.

Vencido el alzamiento, fulgurante la paz, aquietadas las pasiones, transcurridos los años, Carlos V, Rey de España y Emperador de Alemania, triunfante y vencedor. ¿desatendió, obstinado, las demandas de los comuneros, por las que llegaron hasta morir?

Esta carta, recientemente hallada y dirigida por él al presidente y oidores de la Chancillería, con motivo de ausentarse de España, nos lo dice con insuperable elocuencia: "Estando las cosas públicas de la Cristiandad—copio textualmente—en los términos que se hallan así las de la Fe en Alemania como las del turco enemigo de nuestra Santa Fe Católica, peligro evidente que resulta a toda la Cristiandad, y particularmente a nuestros reinos y señoríos (se extiende el documento en consideraciones sobre la liga con el Papa, Venecia y Francisco I de Francia), para el remedio de las cuales se requiere nuestra presencia y la dilación podría traer inconvenientes irre-

parables, aunque deseamos estar y reposar en estos nuestros reinos por el amor que les tenemos y por su gran fidelidad, y TENERLOS POR FUNDAMENTO DE TODOS LOS OTROS y atender a su buen gobierno, como CABEZA DE TODOS, habemos deliberado pasar a los dichos nuestros señoríos... Y dejamos con el ilustrísimo príncipe nuestro hijo por gobernador de estos reinos al muy reverendo Cardenal de Toledo, al cual vos encargamos y mandamos que durante vuestra ausencia obedezcáis. Yo el Rey."

Esta carta, entre otras muchas publicadas y conocidas, suscita una cuestión y unas preguntas.

Satisfecho por el Emperador el anhelo comunero, no ya ahora triunfadora y victoriosa la realeza, sino a raíz de iniciarse el movimiento, noble y espiritual movimiento en sus comienzos, ¿tenía ya razón de ser en sus posteriores manifestaciones e incidencias? Atendida la demanda, ¿eran precisos ya los siguientes episodios que culminaron en Villalar?

Una crítica histórica severa e imparcial, libre de credos y banderías, contesta a estas preguntas con suma claridad, rotundamente.

Tran en Villalar

(FOTOS CARVAJAL)

LA GLORIA PARA EL QUE SUPO GANARLA

En 1932, cuatro años antes de que Blanco y Negro se viera obligada a interrumpir su edición como consecuencia de la Guerra Civil, Marcos Rafael Blanco Belmonte retoma el episodio histórico en otro reportaje, centrado esta vez en los últimos

días del comunero Francisco Maldonado, a quien arrastró a la contienda su primo, el caballero don Pedro Maldonado y Pimentel, y en cuyo lugar se sacrificó en el patíbulo, según revela el escritor cordobés en este texto ilustrado con una bella estampa salmantina y el castillo de Torrelobatón, entre otras imágenes.



LA apacible mañana vernal invita al paseo, y el señor hidalgo acepta la invitación que a porfía le dirigen las brisas del Tormes y los tibios rayos del sol abrilero. El señor hidalgo deja su casa, blasonada con el escudo del linaje; evita los corrillos plazoleros, y, por la puerta de Toro, sálase al campo del Rollo. El señor hidalgo tiene gallarda presencia, buen talle y rostro agraciado. Viste jubón y calzas de paño de seña, color acero; se envuelve en tabardo de paño azul y va tocado con birrete de velludo sin otro adorno que un cintillo de plata. Cñe espada y calza espolines.

Despacio, muy despacio, atraviesa el campo del Rollo, desciende hasta la orilla del Tormes, crúzase de brazos y queda embebecido en la contemplación del agua, que corre mansa y calladamente, como corre la vida del señor hidalgo. Un poco menos, y el riachuelo sería arroyo rural inominado; un poco más, y aventajaría en caudal y grandeza, no ya al Pisuerga, pero al mismo Dueño. Un punto menos, y el señor hidalgo veríase en honrado labrador; un punto más, y podría hombrarse con los mejores caballeros y hasta sobrepujar a muchos personajes. No le falta nobleza, le sobran bríos y le acicatea la ambición de sus treinta y cinco años que han pasado en servicios de guerra, duros y arriesgados, pero cortos en ocasiones de lucimiento y más cortos en recompensas. Lo ilustre del apellido no quita para que sea agüero fatal: Maldonado.

El señor hidalgo alza la frente y mira hacia la lejanía: en el primer término se agrupa, abroquelado por murallones de piedra enrojecida, el caserío de la docta y peleadora Salamanca; más allá, a la otra parte del cauce, recórtanse sobre el fondo azul los perfiles y contornos de la sierra bejarana,

enverdecida de castaños en la base y en sus vertientes, argentada en sus crestas por la albuza de los neveros. Ciudad y sierra ufánanse con grandeza aseguradora de inmortalidad. El Tormes sigue corriendo callada y mansamente, viva imagen de lo eterno en lo fugaz.

Y a tiempo que el viento abrilero acerca la voz de los campanarios demandando la plegaria del mediodía, una voz melódica, de adulación pediguña, suena al lado del señor hidalgo.

—Más venturas que estrellicas en el firmamento tenga para su gozo el noble caballero, enfermo de melancolía, que es amor mal correspondido o ambición mal lograda. Pobre soy, despreciada me veo; pobre y despreciada se ve la hierba ruda y cura calcanturas malinas. Algo puedo yo favorecer al noble caballero si en mí quisiere fiar...

El señor hidalgo mira de hito en hito al espantable vejestorio que osa hablarle.

—¿Morisca eres?—le pregunta, entregándole unas monedas.

—Hija y nieta de reyes, eso soy, noble caballero; pero no lo repitáis si no queréis perderme, que el campo tiene oídos, las aguas hablan y en el quemadero hay leña. Si agora empavorezco de renegrida y sarmantosa, como vid en diciembre, contad que tuve pámpanos de frescura juvenil y racimos de ámbares dulces muy codiciados por maganates. Todo fué perdido y sólo salvé lo que no pueden quitar los hombres, la sabiduría. Ahí está mi cobijo—añade la Morisca, señalando a una casucha que verruguea en el blancor de las tapias de un huerto,— y si el noble caballero apetece melecina para sus males o buen consejo para sus empresas, venga a mí cuando va, nochecido, no venguen curiosos ni indiscretos por estos des-



PLAZA DE VILLALBA

rampados. Aguardando quedó para acorrerle. Renqueando, andrango humano envuelto en guñapos multicolores, alejase la hija y nieta de reyes.

El señor hidalgo permanece inmóvil, cejijunto, admirando alternativamente la majestad de la sierra bañada por el sol y la humildad del río que corre mansa y calladamente.

Al fin, apretando la diestra mano a la empuñadura de la espada, el señor hidalgo toma la vuelta a la ciudad. Parecele que las ceras del Tormes y el vienteillo que mueve las espadañuelas repiten barlomanente lo que es su orgullo, su apellido y su sino; ¡Maldonado!

Y a tiempo que los vencejos chillan en torno de las torres, despidiendo al edipusculo vespertino, aletea el capotillo del señor hidalgo, rozando las recias murallas salmantinas, destácase en el ensombrecido campo del Redío, abájase hacia la ribera del Tormes y desaparece tragado por la puercecilla del tugurio, que vestruguea en el blancor de las tapias hortelanas.

A piedra y lodo quedan cerrados el ventano y la entrada del cubil; un fozentido canillejo echa poca luz y muchas pestes en la menguada estancia; negro tapete viste la mesa y negra es la túnica que recubre los renegridos huesos de la Morisca.

—La buena estrella guía los pasos del noble caballero; sin ventura viene; pueda yo

ponerle en camino de grandes venturanzas... Asíéntese y aguarde descansando.

De un rincón de la zahurda extrae la Morisca un tarrete de vidrio lleno de óleo perfumado; empapa en el líquido un trazo de fino lienzo y lo aplica, sucesivamente, a los párpados, sienes y muñecas del señor hidalgo. Luego, con el mismo lienzo dase uncinnes en los mismos sitios, y espera. A poco rato aporta a la mesa un barreño medido de agua clara; mata de un soplo la luz del canillejo, y en la obscuridad del cuchitril fosforesce, humea, hierve y resplandece el agua. El señor hidalgo experimenta la sensación de que se le aceleran los pulsos y se le agrandan las pupilas; instintivamente busca la empuñadura de la espada, y a este tiempo siéntese deslumbrado: el agua del barreño ha adquirido color verde azul, y se entrecesa y se riza en espumas rota por la quilla de un carabelón que navega con velas desplegadas; raudamente el bergantín arriba a una tierra nunca vista, tierra de oro, tierra

de plata, tierra de salvajes y de fieras monstruosas... Y el agua del barreño se aquieta, hórranse las imágenes, las olas se endurecen como caujando en surcos arcillosos y el mar se hace campo yermo, abrojal y retamar; de un lado cierra el horizonte la mole formidable de un castillo todo piedra, sin corona de almenas, pero con penacho de bandera, donde rojea la Cruz; de la otra parte, la llanura se alonga y álzase en recuestos areniscos hasta desembocar en lagareña plaza con luto de bayetas negras y aparato de cadalso manchado de sangre... Y súbitamente enciéndese todo en ofuscadora llamarada, en llamarada pavorosa. No hay más.

Muy de mañana, el hidalgo D. Francisco Maldonado tiene pliegos de Indias llegados a Sevilla y llevados a su amance por un bravonel de Samabria. Los pliegos vienen de La Isabela; los autoriza la firma de don Alonso Téllez de Pimentel, cercano deudo de don Francisco Maldonado, y contienen un convite para que el señor hidalgo deje solar, hacienda y familia y se lance a ganar grandes reinos con muchos provechos en el mundo de prodigios que se ofrece a España. Por temiente de sus empresas tomaría a don

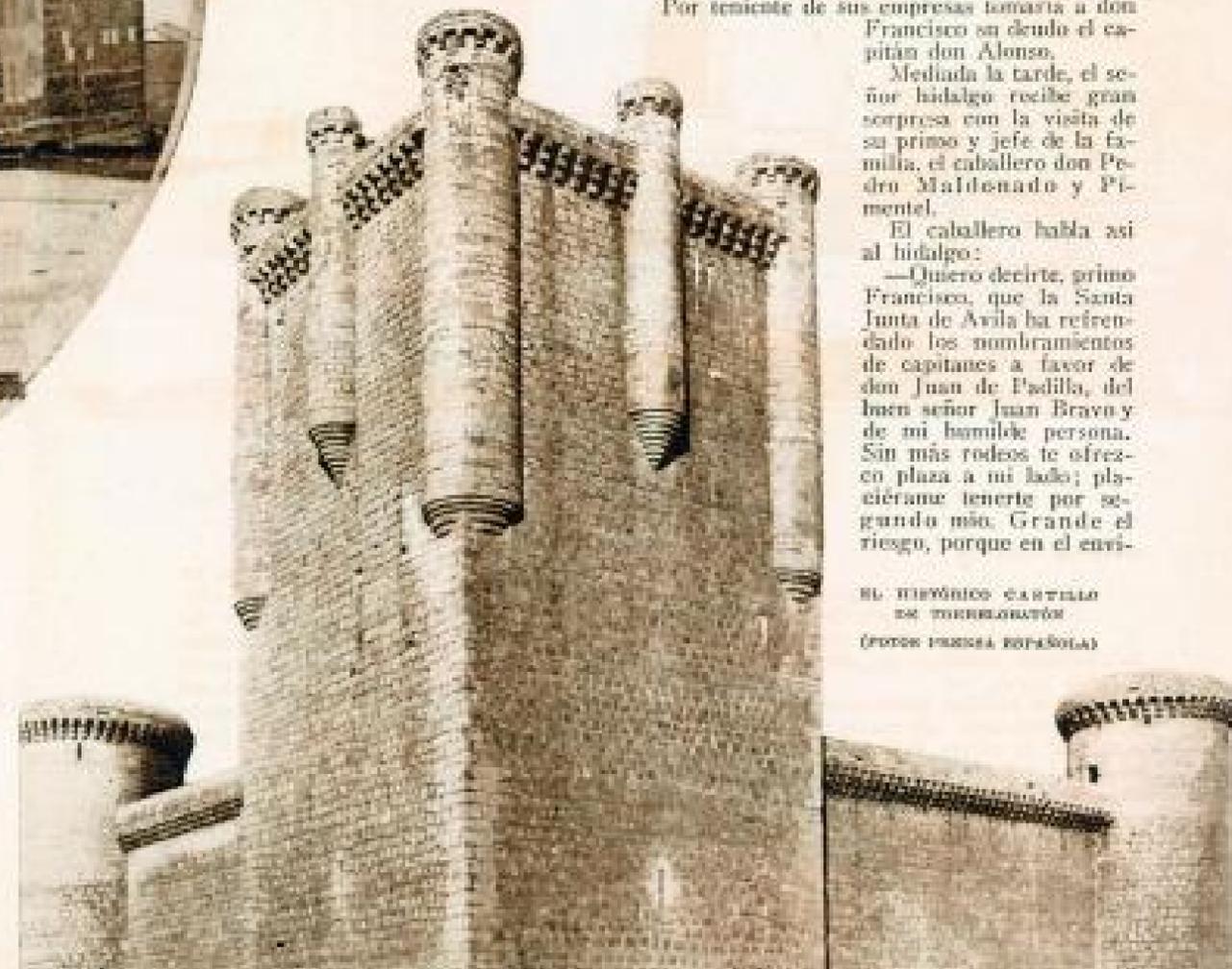
Francisco su deudo el capitán don Alonso.

Mediada la tarde, el señor hidalgo recibe gran sorpresa con la visita de su primo y jefe de la familia, el caballero don Pedro Maldonado y Pimentel.

El caballero habla así al hidalgo:

—Quiero decirte, primo Francisco, que la Santa Junta de Avila ha referendado los nombramientos de capitanes a favor de don Juan de Padilla, del buen señor Juan Bravo y de mi humilde persona. Sin más rodeos te ofrezco plaza a mi lado; pláciérane tenerte por segunda mano. Grande el riesgo, porque en el envi-

EL HERÓICO CASTILLO DE TORREMOJÓN (OTOS TORRES ESPAÑOLAS)



te lo de menos es la vida propia, cuando van jugados en el mismo lance familia, hacienda y lo que más importa: el honor del linaje. Dudosa es la empresa, pues al poderío de los imperiales vamos a oponer la voluntad tesonera de las Comunidades defensoras de la tradición castellana. No me contestes hoy. Piénsalo bien, que el caso es arduo y requiere meditación.

Y el señor hidalgo, luego de despedir al caballero, su primo, abstráese en hondo cavilar. Torna a ver las fantásticas imágenes que le mostró el barreño, y ahora aprécielas con relieve de verdades ciertas. Ante él ábrense dos caminos: uno, de cuantiosas riquezas con gloria problemática; otro, de gloria segura con sacrificio inevitable. El señor hidalgo no vacila: elige el segundo.

Empeña sus dehesas, vende las aceñas del Tormes, malbarata su cabaña merina, equipa a veinte montaraces fuertes y adictos, y vase con ellos a Torrelabátón. Allí, en el castillo todo piedra, sin corona de almenas, pero con penacho de bandera, donde campea la cruz roja de las Comunidades de Castilla, júntase con su primo el caballero don Pedro Maldonado y Pimentel, capitán de las Comunidades de Salamanca, y allí conoce de cerca a don Juan de Padilla, espejo de caballeros, y al buen señor Juan Bravo, adalid popular de los comuneros segovianos. Y de allí, por voto unánime de los tres caballeros capitanes, sale la hueste para Villalar en una mala mañana del 23 de abril.

El señor hidalgo encuéntrase en campo yermo, abrojal y retamar, surcado por el cauce del Hornija. Y en aquella triste llanura que se alonga para alzarse en recuestos areniscos, don Francisco Maldonado pelea más y mejor que los héroes, más y mejor que el caballero capitán su primo; pelea como un semidiós, como pelearon el capitán Padilla y el adalid Bravo. Ellos, con dos escuderos, cargan y cierran contra un escuadrón de tropas imperiales, y repiten la carga hasta caer cercados, acorralados: cinco enfrente de ciento cincuenta.

Brevemente se arregla el negocio. A las pocas horas de finar la desastrosa batalla hay juicio y sentencia, que firman los alcaldes Cornejo, Salmerón y García Fernández, y que autoriza el escribano Luis Madero: los

capitanes Padilla, Bravo y Maldonado habrán de ser decapitados públicamente por rebeldes, traidores y perjuros.

Para mover voluntades, acarrear valimientos, poner por obra artificios y lograr supercherías hasta el breve término de una noche en la que corre el oro con más abundancia que el mosto en las vendimias.

A otro día, cuando don Juan de Padilla y el esforzado señor Juan Bravo caminan al cadalso, aparejados con bayetas negras, quedan sobrecogidos de pasmo al emparejar con su compañero de infortunio. La condena de muerte debió recaer en el caballero don Pedro Maldonado y Pimentel, capitán de la Comunidad de Salamanca, y el que sube serenamente al patíbulo es el señor hidalgo don Francisco Maldonado, teniente de la Comunidad salmantina.

Al movimiento de extrañeza de los capitanes de Toledo y Segovia, contesta humildemente el señor hidalgo:

—Flaqueó mi primo, entróle gran congoja; suplicóme por amor de Dios, y de acuerdo con los alcaldes, que me pusiera en su lugar, y así lo hago, demandando permiso para ser el último en morir, ya que en verdad soy menos que el último, y pidiendo perdón por la mucha gloria que con esta muerte se me alcanza.

Temblando de orgullo y de asombro, Padilla y Bravo abrazan estrechamente al inclito hidalgo, que acepta el sacrificio por lástima hacia el pusilánime caballero.

Cumple el sayón su oficio y alza ante el pueblo las truncadas testas de los señores Padilla y Bravo. Y luego la del señor hidalgo don Francisco.

En aquella misma hora una espantable vieja, después de dejar brazados de flores abriñeñas en el zaguán de la casa solariega del señor hidalgo don Francisco Maldonado, llega al paroxismo de la desesperación, apedreando y llenando de lodo el escudo de la mansión que no había de volver a habitar el mal capitán y pusilánime caballero Pedro Maldonado y Pimentel.

Y la gloria, para el que supo ganarla.

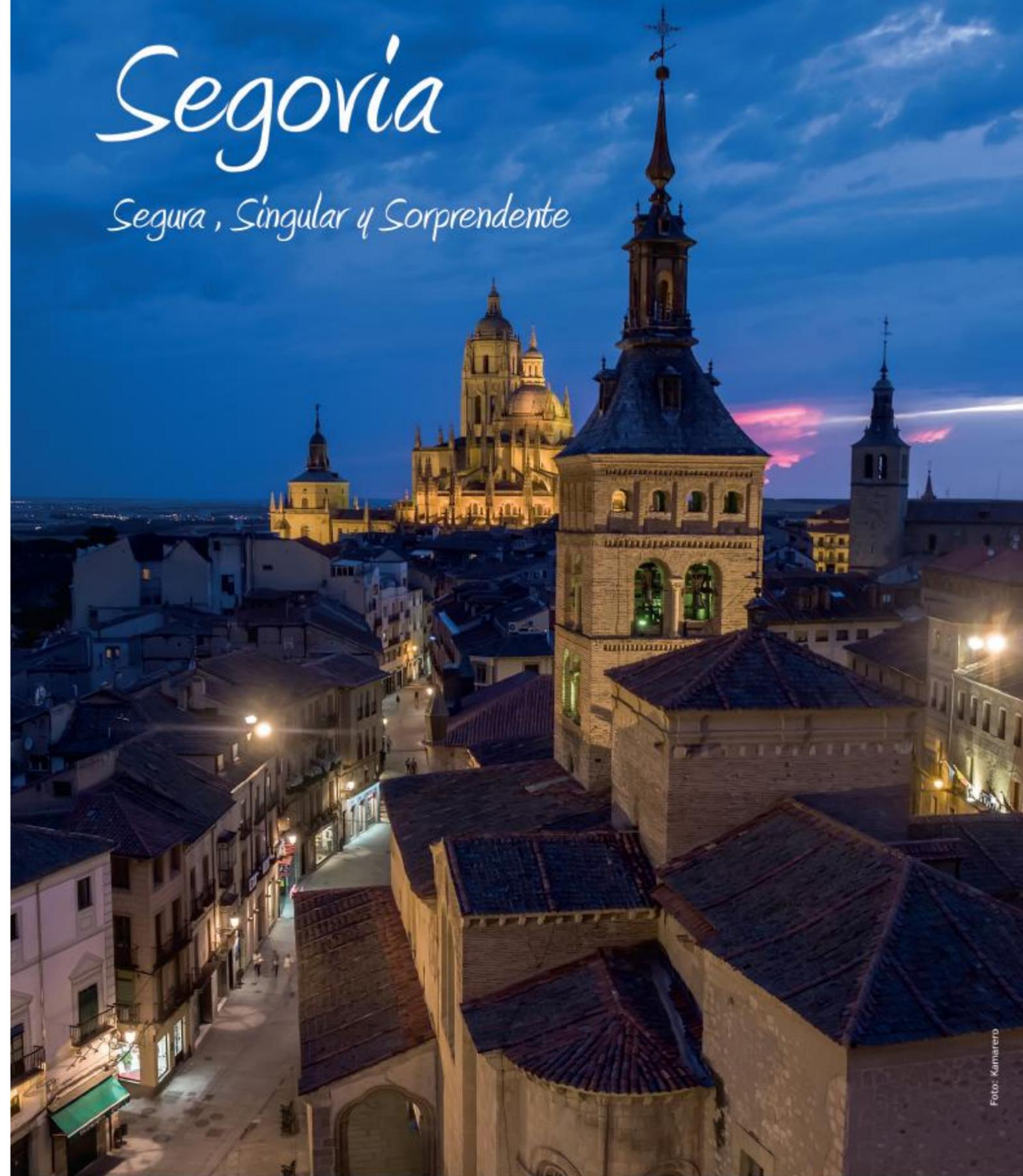
M. R. Blanco-Belmonte.

SOBRE EL CASINO DE TORRELABATÓN SE VE EL CASTILLO MAGNÍFICO



Segovia

Segura, Singular y Sorprendente





ESTAMPAS ESPAÑOLAS. TRES EJECUCIONES EN EL SIGLO XVI

Luis Benavente firma en 1934 el último de los reportajes seleccionados. Para ilustrarlo, la publicación escoge la famosa obra de Antonio Gisbert, «Los Comuneros

Padilla, Bravo y Maldonado en el patíbulo», datada en 1860 y que hoy conserva el Palacio de las Cortes de Madrid, y una imagen de la plaza de Villalar donde destaca el obelisco levantado en 1889, recordando el lugar del ajusticiamiento



de los tres capitanes. Precisamente, el autor recoge con detalle las últimas horas de los condenados desde su inesperada «tamaño derrota». «Todo es silencio en la madrugada triste» del fatal acontecimiento, narra Benavente, que reproduce

un extracto de la sentencia comunera, que hoy custodia el Archivo General de Simancas, así como otros detalles plasmados en una de las obras cumbres que recogieron este episodio, redactada por el historiador Manuel Danvila y Collado.



ESTAMPAS ESPAÑOLAS

TRES EJECUCIONES EN EL SIGLO XVI

Des de abril. Frío encalmado. Gran crisis para los señores de Castilla. El cielo ha cooperado a la gran desgracia aconteciéndose en la encrucijada de la tormenta para dar la victoria a las tropas de Adriano de Utrecht.

No se podía esperar tanta derrota después de las continuas victorias de los últi-

mos tiempos. Tropas agorosas por el triunfo, bien merecido, que él llevaba estropeado el de las Comunidades castellanas. Culpase de la derrota al jefe, que dejó inactivas las banderas después del último triunfo. Pero cabe pensar que el descanso merecido no podía hacer desaparecer la fe de los pechos heridos que luchaban por las

libertades patrias. De Torrelodón a la aldea de la aldea, de la aldea a la villa, no ha sido bastante camino para mostrarse en desaliento, cansados en la pelea. ¿Porque desaparecieron de los pechos las cruces escarbas de los caballeros castellanos, y muchos no volaron en el momento por la blanca que sirviéndoles de bandera a las tropas del Rey? Hasta el cielo contribuyó a tanta desbandada cubriéndolo en aquel cobalto con las nubes plomizas que descendieron durante la pelea. Era como el conjunto de todo contra los que, en aras de su ideal, no consentían

dejar a Enrique y a su hijo. Enrique y su hijo declararon culpables en haber sido testigos de la Corona Real de estas cosas, y en pena de su maldad los condenaron a pena de muerte natural y a la confiscación de sus bienes. Es la hora del castigo. ¿Justo? ¿Injusto? ¿Quién lo sabe! Si es sabido que el noble Enrique, flor de nobles y de limpio sangre, opuso su negativa al ajusticiamiento. Pero hubo de quedarse solo en la hora decisiva en que se ventilaba la vida de tres caballeros castellanos. El arzobispo confirmó la orden de ejecución. Entre tres

el suceso de la aldea por la fuerza imperiosa de la fe, que salen a los pueblos y a los hombres. La plagaría, el resto, antes de la batalla, hayó durante la lucha de los labios y de los corazones. Y fueron vencidos.

«¿Qué fue de aquel encantamiento que condujera al triunfo contra Rosquillo a los que defendían las libertades castellanas? Vencieron en Segovia, en Torrelodón, en Torrelodón. ¿Qué fatal hizo que hicieran un Villalar los vencedores de entonces? ¿Por qué el pueblo, lanzado a la conquista de las libertades castellanas, venció más tarde en Torrelodón, más tarde en la derrota de Toro? Era que el maléfico hado había llegado a los soldados de la roja cruz que tuvieron su asiento en el promontorio toledano.

Todo es silencio en la madrugada triste. El cielo aún sigue envuelto, pero ahora más parece no querer el atestiguiamiento de la fatal hora que el día ha de volver a los arrebatados medievales. Estos muéstranse terribles, acorralados. No parecen nunca en ser víctimas de tal acontecimiento fatal y se comunican uno a otro la sentencia: «Las



LA PLAZA DE VILLALAR DONDE FUERON EJECUTADOS LOS COMUNEROS

dores al Rey y habían de purgar con su muerte tamaña osadía...

Las notas roncas de un redoblar de tambores dan al aire el anuncio de que la hora triste, fatídica, se aproxima. Las tropas han formado, y en la lejanía, sin acercarse mucho, los pueblerinos se agrupan, temerosos y apocados, para presenciar el paso del cortejo macabro. El sol asoma un instante, pero pronto se oculta. Insiste en no ser testigo de lo que va a ocurrir. Maniatados van, en el centro, los tres reos. Cuantos les rodean callan, enmudecen, y algunos dejan caer una lágrima. Los religiosos menudean el paso de las cuentas del rosario. Una voz, la del pregonero, déjase oír en medio del silencio del lúgubre amanecer: *"Es justicia que manda hacer el Rey, y los Gobernadores en su nombre, a estos caballeros. Mándolos degollar por traidores..."* Pero ha sonado otra voz, más fuerte, más potente. Uno de los reos replica: *"Mientras tú, y aun quien te lo mandó decir; traidores, no; mas sí celosos del bien público y de la libertad del reino"*. Otra voz ordena callar. Voz tan serena, que más parece que se dirige a unas justas que al patíbulo. Es la del capitán de las huestes comuneras: *"Ayer fué día de pelear como caballeros; hoy lo es de morir como cristianos"*.

La comitiva ha seguido su lento caminar hacia el cadalso. En los rostros se refleja

la tristeza que provoca la inmediata ejecución. Los más animosos, sin alegría, pero con serenidad en el rostro y en el alma, son los tres sentenciados. Al paso de éstos, las mujeres contienen las lágrimas y, sin querer, dirigen la mirada al cadalso. Los hombres rezan y contienen un gesto de protesta...

Los reos han llegado al patíbulo. Otro redoblar de tambores anuncia el momento trágico. Cesa el ruido. Los religiosos confortan el espíritu de los sentenciados, que tienen la vista fija en el suelo y de vez en vez la elevan, primero, al crucifijo, y después al infinito.

Uno de los reos dice al verdugo, que espera: *"Dequélame a mí primero, que no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla"*. Las tres víctimas del ideal sacrosanto, vencedor en Segovia, en Tordesillas y en Torrelabán, y abatido en el camino de Toro, hesan el crucifijo que les muestran los frailes. Después son degollados Bravo, el segoviano; Maldonado, el salmantino, y Padilla, el de Toledo. Un borbotón de sangre azul—pureza—y roja—energía, valor—ha difuminado la venera de la cruz de Santiago que llevaba sobre el pecho bordada el caballero toledano...

Luis Benavente.

(FOTOS PRENSA ESPAÑOLA)



EL TIEMPO DE LA LIBERTAD

COMUNEROS V CENTENARIO
1521 - 2021

www.milquinientosveintiuno.es



EXPOSICIÓN «COMUNEROS: 500 AÑOS»

Del 22 de abril al
20 de septiembre de 2021

«Comuneros: 500 años» mostrará por primera vez juntas piezas originales de gran valor y será el testimonio artístico y patrimonial de un acontecimiento histórico de gran trascendencia social que incidió de una manera notable en la relación entre el poder de los gobernantes y los ciudadanos.



CONGRESO INTERNACIONAL Del 18 al 22 de mayo de 2021

Este Congreso, recogiendo el valioso legado de las etapas anteriores, analizará el movimiento comunero desde la interdisciplinariedad y se articulará en cuatro grandes secciones temáticas: *"Historia e Historiografía del movimiento comunero"*, *"Comunidades, propaganda y cultura escrita"*, *"Derecho e instituciones jurídicas"*, *"Ideas políticas y sociedad"*.

Cuota reducida para los alumnos de las Universidades de Castilla y León y de la UNED.

Obtención de créditos de libre configuración.



ÓPERA. «LOS COMUNEROS» Octubre de 2021

Con música y libreto de Igor Escudero y la participación de la OSCYL, se representará en los principales escenarios de cada provincia de Castilla y León una ópera del siglo XXI, pensada para nuevos públicos, con dinamismo, con acción, donde la historia de los Comuneros destaca como eje vertebrador y la música, tonal, clara y popular, nos acercará el lado más humano de sus protagonistas.

